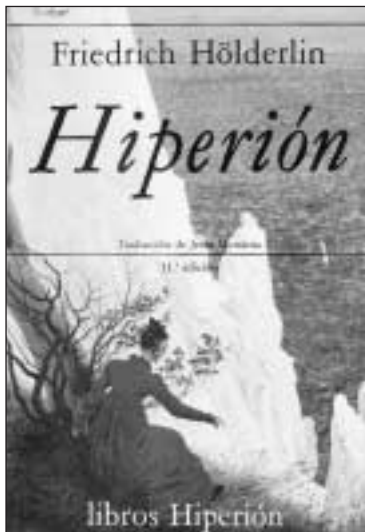


La aventura de traducir a Hölderlin al castellano

Jesús MUNÁRRIZ



Hace ya tiempo que me pedisteis que escribiera sobre mi experiencia como traductor del Hiperión de Hölderlin, y os prometí hacerlo, pero he ido dejando pasar las ocasiones (pocas) en que podría haberlo hecho y ahora, a la vuelta de un viaje a Damasco, me encuentro con vuestro ultimátum y, como no me gustaría quedar mal con vosotros, los bibliotecarios navarros, que ejercéis una profesión tan querida y hasta envidiada por mí, me siento al ordenador en el mismo día y a la misma hora en que muchos vascos y no pocos navarros (espero) se echan a las calles de mi Donosti natal para reivindicar su derecho a vivir en paz.

Pero volvamos a Hölderlin y a su *Hiperión*. Uno de los primeros libros que traduje fue *La lingüística española del Siglo de Oro*, título con el que simplifiqué el original, *Beitrag zum Sprachbewusstsein in der spanischen Literatur des sech-*

zehnten und siebzehnten Jahrhundert de Werner Bahner, un miembro de la Academia de la Alemania Oriental, discípulo del gran hispanista Werner Kraus, aquel que fue capaz de escribir un extraordinario libro sobre Cervantes en las cárceles hitlerianas.

Y fue este Werner Bahner quien me invitó a matricularme en los cursos de verano para germanistas que la Universidad de Jena impartía en Weimar. Eran cursos de lengua y cultura alemana para docentes y licenciados, que en su opinión podían resultarme de gran utilidad.

Y efectivamente, en 1972 me matriculé en dichos cursos. Pero una cosa era matricularse y otra poder asistir a ellos. Jena y Weimar estaban entonces en la mitad oriental de la dividida Alemania, es decir, en la República Democrática Alemana, un país comunista al que mi pasaporte, expedido para "todos los países del mundo excepto Rusia y países satélites", no me permitía viajar. Les planteé el problema a los de la universidad, les informé de mi intención de viajar hasta allí en mi propio coche, y ellos me indicaron por qué puesto fronterizo debía entrar en su país; allí la policía de fronteras estaría al tanto y me entregaría un visado en papel aparte (para que no constara en mi pasaporte y evitarme, así, problemas a mi vuelta a España).

Seguí sus indicaciones, pasé primero el control de la policía de la República Federal (se llevaron mi pasaporte a otra habitación y tardaron un buen rato en devolvérmelo; supongo que lo fotografiaron de principio a fin), y en el de los Vopos (Volks-Polizei), en efecto, con efica-

cia germánica, me estaba esperando aquel visado exento que me autorizaba a permanecer durante un mes en la región de Weimar (luego comprobé que para viajar a Jena, por ejemplo, que estaba a treinta kilómetros, había que pedir un visado especial a la policía explicando las razones y la duración del viaje).

Ya en la DDR (Deutsche Demokratische Republik) y por aquellas autopistas de hormigón construidas en la época de Hitler que seguían en buen estado, me encaminé a Weimar. Weimar es una ciudad muy especial dentro de Alemania. Situada en Turingia, con una población inferior a los 100.000 habitantes, fue una pequeña corte en la época de los principados independientes alemanes, famosa por haber residido y trabajado en ella numerosos escritores y pensadores, encabezados por los dos grandes, Goethe y Schiller, los “clásicos” de la literatura alemana. Su nombre pasó también a la historia unido a la Constitución de 1919, la primera constitución republicana y plenamente democrática de su país. Pero, además, Weimar es una ciudad muy hermosa y magníficamente conservada, con edificios góticos, renacentistas, barrocos, neoclásicos, e incluso modernistas y racionalistas (allí fue donde se creó la Bauhaus), y tal vez su inmenso valor cultural hizo que fuera totalmente respetada durante la segunda guerra mundial, de manera que ni un solo bombardeo aliado le afectó. Weimar era, y sigue siendo, una preciosa ciudad llena de parques y jardines, de museos, palacios, edificios históricos, iglesias, un oasis apenas afectado por la industrialización y el urbanismo salvaje. Pronto me di cuenta de que pasar un mes allí era realmente un privilegio.

74

La habitación que me asignaron estaba en el “Hospiz”. A mí, cuando me dijeron que me mandaban al “hospicio” el mundo se me vino abajo y pensé que aquello empezaba mal. Pero el tal “hospicio” resultó ser una residencia municipal para ancianos que cedía en verano parte de sus habitaciones a la universidad, y era en realidad un edificio antiguo, muy agradable, con un bonito jardín, donde convivíamos con las residentes que quedaban (no sé si había hombres, sólo recuerdo mujeres), que eran en su mayoría ancianas damas elegantes y encantadoras. Después supe que algunas de ellas tenían títulos nobiliarios (que no usaban, desde luego, en aquel país comunista) y que el Estado se encargaba de su manutención.

Para acompañarme y situarme en los primeros días, la universidad me encomendó a un “tutor”: un joven licenciado, hijo de uno de los catedráticos de la misma, que tenía la misión de acompañarme en mis primeros pasos por terreno desconocido y de explicarme cuanto necesitara y quisiera preguntar. Resultó ser un tipo muy agradable, algo más joven que yo, que me ayudó en cuanto le pedí y actuó con absoluta discreción.

A los pocos días de empezar el curso salió en alguna conversación el nombre de Hölderlin, no recuerdo con qué motivo. Yo confesé no haber leído nada de él y al día siguiente mi “tutor” me regaló una edición del *Hiperión*. Era una bonita edición de los años 20, encuadernada en tela flexible, que había comprado en una librería de viejo (“Antiquariat” se llaman allí). Me recomendó que lo leyera y, en efecto, en cuanto me interné por sus páginas, el libro me fue ganando y durante todo aquel mes fue mi libro de cabecera.

Aquí tengo que explicar algo de mis circunstancias personales en aquella época. Tras diez años de matrimonio, justo antes de mi viaje habíamos decidido mi primera mujer y yo sepa-

rarnos (entonces no había divorcio). Así que por una parte arrastraba el mal sabor de boca que suele dejar una rotura matrimonial, pero por otra me sentía libre, tras diez años de compromiso, para relacionarme con quien me apeteciera. El curso para germanistas era una buena ocasión. Asistíamos a él personas de treinta o cuarenta países (todos los comunistas y unos pocos capitalistas), yo era no sólo el único español, algo ya de por sí extraño en aquellos pagos, sino el único español que había asomado por allí desde que existían los cursos, y todo el mundo quería que les contara cosas de España (país infinitamente exótico para una kirguiza, una uzbeka o una mongola, pongo por caso). Hice amistades, me divertí, aprendí no poco de alemán y de muchas otras cosas, y me acabé enamorando no de una de aquellas lejanas germanistas soviéticas, sino precisamente de una alemana, mi profesora de fonética.

El tibio verano de Weimar, aquel nuevo amor y el *Hiperión* de Hölderlin convivieron en mí de manera indisoluble. Literatura y realidad, vida y ficción, poesía y verdad compusieron un mosaico en el que quedé gustosamente apresado. Todo casaba, todo era hermoso, y yo tenía la suerte de disfrutarlo.

En fin, cada cosa siguió su propio camino, pero en cuanto al *Hiperión*, apenas volví a Madrid, me fui a la Biblioteca Nacional para ver si había sido traducido y publicado en castellano. Y no. En la B.N. sólo había un par de antologías de los poemas de Hölderlin recientemente traducidas, un librito con su Correspondencia amorosa, y alguna biografía como la de Stefan Zweig. Muy poca cosa. Del *Hiperión*, ni rastro. Así que me puse inmediatamente a la tarea. Durante un año y medio, o tal vez dos, su traducción ocupó la mayor parte de mi tiempo. Me metí en el libro por entero, y traduciéndolo aprendí mucho alemán y, sobre todo, mucha poesía. Porque aunque *Hiperión o el eremita en Grecia* se subtítulo “novela” es uno de los textos más poéticos que se han escrito nunca en prosa. Y un gran libro, desde luego. Infinitamente más valioso que el Werther goetheano, que durante tanto tiempo ha pasado por la obra alemana más significativa de aquel periodo. Y no hay color. El *Hiperión* de Hölderlin va mucho más allá que el Werther. Tiene una primera lectura, ingenua, lineal, en la que descubrimos una historia de amor, de amor y muerte, y a poco que sepamos de la biografía del poeta que la escribió y de la transposición que en la obra hace de sus propios amores con Suzette Gontard, la mujer del banquero de Francfort que le fascinó y a quien fascinó, nos impresiona y nos emociona. Pero si profundizamos en el libro, si se tiene la suerte, como yo la tuve, de desmenuzarlo palabra a palabra y frase a frase, de releerlo infinidad de veces puliendo y afinando mi versión, uno va descubriendo que además de la historia amorosa, hay en *Hiperión* una multiplicidad de sentidos y significados que trascienden la narración para entrar en el mundo de la filosofía, de la reflexión histórica y política, de las grandes preguntas del hombre ante el mundo.

Años después, y ya como editor, he publicado un par de libros de investigadores españoles: Anacleto Ferrer y Helena Cortés Gabaudan, que penetran y explican con sabiduría los múltiples significados de esta obra genial.

Y volviendo atrás, al momento en que acabé mi traducción, contaré que hablando un día con Juan Benet, que me preguntó qué andaba haciendo, le dije que acababa de traducir el *Hiperión* de Hölderlin. “¿Esa cursilada de novela alemana?” me espetó (hay que advertir que

Benet era siempre radical en sus juicios; le gustaba epatar con propuestas desconcertantes). “Sí, esa novela”, le dije, “aunque no estoy nada de acuerdo en lo de cursi. Además, ¿tú cómo la has leído? ¿En francés?” “No, no, en castellano. Hay una traducción argentina. La tengo en casa.” Y era verdad. Benet me enseñó aquella traducción, publicada por Emecé en Buenos Aires en los años cuarenta. Afortunadamente, el libro no había llegado a nuestra Biblioteca Nacional. Afortunadamente para mí, pues si llega a estar allí no hubiera tenido yo la suerte de traducirlo. Y poco después, de fundar una editorial cuyo primer título fue precisamente ese *Hiperión*, y de darle su nombre a la propia editorial, y de elegir la silueta del propio Hölderlin como logotipo de nuestros libros.

A lo largo de más de un cuarto de siglo he seguido publicando otras obras del poeta, he tenido la suerte de contar con excelentes traductores y colaboradores a los que su obra les decía tanto como a mí, pronto publicaré mi versión de sus Cantos, y he conseguido que, fuera de Alemania, sea nuestra editorial la que cuenta en su catálogo con más obras traducidas de Hölderlin, más que en cualquier otro idioma. Así que tanto mi historia personal, como mi labor de traductor, como mi trayectoria de editor han estado y siguen estando en todo momento ligadas a ese libro único y a ese nombre y título que tantas cosas resume para mí: *Hiperión*.